

ÁLBER VÁZQUEZ

*Juana*  
*La reina traicionada*

la esfera  de los libros

# 1

Felipe I de Castilla murió de madrugada. Esa es la primera certeza. Mal que bien, respiró durante las primeras horas de la noche hasta que, unos minutos después de las tres, dejó de hacerlo. Tenía veintiocho años y se encontraba muy lejos de casa, por mucho que él se empeñara en afirmar lo contrario. La vieja Castilla, la Castilla dura e inclemente que siempre te la guarda, jamás fue suya. Pertenece a Juana, su esposa, la única dueña de un reino que Felipe no supo comprender.

Y, por ello, lo mataron. Esa es la segunda y última certeza.

El resto del asunto, sencillamente lo desconocemos. Lo desconocía, también, el hombre que se hallaba junto a la cama de Felipe cuando este expiró: Francisco Jiménez de Cisneros, arzobispo de Toledo y mano derecha de la reina Juana, del rey Felipe, del rey Fernando y de no más reyes porque no había.

Cisneros tenía setenta años, aunque no exactos, pues el arzobispo nunca terminó de aclarar cuándo había nacido. Su carácter se lo impedía. O, por decir lo mismo aunque de otra manera, para que quien se enfrentara a esta incertidumbre comprendiera que el hombre que se alzaba en frente no sería fácilmente abarcable.

La estancia en la que murió el rey Felipe, una de las que daban al patio de la casa del Cordón, en Burgos, se encontraba iluminada con no menos de una veintena de cirios y lámparas. Cuando el sol todavía no se había puesto, Felipe se sumió en un sopor del que el médico aseguró que ya no salía. «Se nos va su alteza», dijo, y Cisne-

ros asintió con gravedad y mandó que saliera de la estancia. Allí ya no pintaba nada. En el interior de la misma, permanecieron los tres lansquenetes alemanes que formaban parte de la guardia personal del rey; Fadrique Enríquez, el almirante de Castilla; Juan Manuel de Villena, hombre de confianza del finado; Fadrique Álvarez de Toledo, duque de Alba; la reina Juana, embarazada de cinco meses; y el propio Cisneros.

¿Quién mandaba ahora en Castilla? Esa fue la pregunta que Enríquez, Manuel y Cisneros se hicieron. En teoría, quien había expirado no dejaba de ser un don nadie. Rey de Castilla, esto y lo otro, pero porque estaba casado con Juana. Era ella la reina propietaria, la dueña de la corona, la auténtica soberana de lo que, si le dejaban, sería España. Sin embargo, ninguno de los tres hombres allí presentes daba demasiada importancia a la teoría. Ellos, por motivos distintos cada uno, consideraban que el trono, la gobernación de Castilla, para ser más exactos, se encontraba vacante. Lo cual, dicho sea de paso, suponía un problema.

Alba era el hombre del rey Fernando, padre de Juana y suegro del asesinado. La muchacha no le desagradaba, entendiéndose, pero su lealtad se hallaba con Fernando. Verían cómo se las apañaban en adelante unos y otros, pero, de momento, dos cuestiones preocupaban a Alba: que nadie acabara con la vida de Juana, pues si la mataban o se moría, los intereses de Fernando en Castilla se esfumarían como el vaho en una mañana clara; y que dichos intereses se hicieran valer desde el preciso instante en el que se encontraban. En cuanto a Felipe, muerto estaba mejor. En unos pocos meses, casi les monta una guerra civil en Castilla. Su sorpresiva muerte les había venido de maravilla a todos y al rey Fernando, antes que a ninguno. Como viudo de la reina Isabel, y dada la indisposición de la viuda Juana, la gobernación recaía en él. Ni más, ni menos. Alba protegería un destino crucial.

Enríquez no anhelaba el gobierno de Castilla. Conocía a Juana desde que, diez años atrás, la llevara en persona a Flandes para que se casara con el que ahora se enfriaba lentamente. El almirante de Castilla, hombre prudente y siempre fiel a Juana, despreciaba a Felipe. Nada extraño, por otro lado, pues a Felipe lo despreciaba casi todo el mundo. El interés de Enríquez solía detenerse en la protección de Juana, de la Juana corpórea, física, personal. Le caía bien la reina, le

cayó bien desde que simplemente había sido una infanta de Castilla. Y sentía cierta compasión por ella, con lo que llevaba sufrido la muchacha... Si por Enríquez hubiera sido, él mismo habría enfilado con su espada al bastardo de Felipe y a su séquito de indecentes oportunistas. Le habían faltado al respeto demasiadas veces a Juana. A ella y a lo que ella representaba: el linaje de los Trastámara, la casa más recia y poderosa de Europa. Malditos flamencos follacabras. Ojalá el infierno fuera lo suficientemente amplio para acogerlos a todos.

Juan Manuel pensaba más o menos lo mismo acerca de los flamencos, con la esencial diferencia de que él era un follacabras más. Castellano de los pies a la cabeza, hizo fortuna en Flandes, lo uno llevó a lo otro y terminó convertido en la mano derecha de Felipe. Ni al excusado iba el rey sin consultarle antes, tal era el poder que había llegado a reunir Manuel. Esos días habían finalizado, podría decirse que por desgracia. O no, porque para los arribistas como Manuel, cualquier infortunio, por profundo que sea, tiene un envés en forma de oportunidad. Debía salir adelante. Y saldría, desde luego que lo haría. Pensándolo fríamente, manipular a Juana sería mucho más sencillo que manipular a Felipe. Además, con Felipe criando malvas, su séquito se vería obligado a retornar a Flandes. Si permanecían en Burgos, emborrachándose día sí y día también, molestando a las mujeres, robando en los caminos y atesorando prebendas y beneficios que no les correspondían, los castellanos terminarían por rajarles el cuello uno a uno. Porque los castellanos podían parecer muy poca cosa a simple vista, tan apocados y retraídos, pero se movían bien en la noche con una daga en la mano. Y, para el cuello del flamenco, todos los filos del mundo les parecían insuficientes.

Cisneros, por su parte, pensaba poco en el rey y mucho en el reino. De los presentes, con diferencia era el hombre de mayor rango y edad. De hecho, ya gobernaba él, aunque, y esto es bien cierto, no quisiera. Un día antes, había escrito al rey Fernando, que estaba rumbo a Nápoles, y le había pedido que regresara para hacerse cargo de la gobernación. Tenía, entre manos, un asunto que los superaba a todos y, al parecer, solo la presencia de Fernando podría sacarlos del apuro. Alguien se vería obligado a gobernar en lugar de Juana, pues ¿cómo iba Juana a hacerlo por sí misma? A Juana debían cuidarla, mantenerla con vida, y poco más.

Lo cual tampoco era un asunto menor. Cisneros sabía que Juana, en tanto que reina de Castilla, necesitaba protección. Para ello, él mismo y de su bolsillo, había reunido, meses atrás, una tropa puede que breve, pero valiente y dispuesta. No reparó en gastos, Cisneros, y mandó comprar las armas que fueran necesarias, los mejores pertrechos, escopetas de las que te descerrajan un tiro y no lo cuentas. El arzobispo, quien ya por entonces sabía muchas cosas y sabía, mejor aún, quién era capaz de proporcionártelas, encargó a un mercenario veneciano de nombre Jerónimo Vianello que le formara un cuerpo de quinientos infantes a su directo servicio. Los tenía cerca, en las afueras de Burgos, preparados aunque sin llamar la atención. Vianello, puesto al mando de la infantería de Cisneros, hacía las veces de capitán y respondía directamente ante el arzobispo. A diario, ambos hombres despachaban con discreción. Más aún, desde que el rey Felipe cayera misteriosamente enfermo. «Lo han envenenado», sentenció Vianello. «No lo sabemos», repuso Cisneros, prudente. Pero sí, lo habían envenenado, y precisamente ese era el motivo de que Vianello y sus quinientos hombres aguardaran en las inmediaciones de Burgos.

Había que proteger a Juana.

¿De quién? En resumen, de todos. A esta certeza tan simple había llegado el arzobispo Cisneros. Muerto Felipe, quien la torturaba miserablemente pero también la protegía pues su reino era de ella, a Juana le brotaban los enemigos por doquier. Castilla se hallaba desgobernada, con tres mil lansquenets alemanes y ni se sabe cuántos caballeros flamencos haciendo de las suyas en el corazón del país. Tras la muerte de Felipe, se verían expuestos y no resultaría extraño que tomaran como rehén a Juana para, en adelante, jugar esa carta. Por otro lado, Cisneros no se fiaba demasiado de los propios castellanos. Muchos de los cuales se habían sumado, en las últimas semanas, a la causa de Felipe. El rey consorte les prometió el oro y el moro, y ellos se dejaron querer. Castilla solo hay una y es para el que la trabaja. A trabajársela se pusieron, junto a un Felipe que ahora, vaya por Dios, se encontraba muerto. Con el culo al aire, muchos intentarían jugar la baza de Juana para no perderlo todo.

En aquella madrugada del 25 de septiembre de 1506, demasiada gente daba por hecho que a Felipe lo habían matado y que a Juana

la querían matar. Cisneros, que sintió el peso del destino cayéndole sobre los hombros, comprendió que estos dos asuntos le concernían exclusivamente a él. Se ocuparía de ellos en cuanto saliese el sol. Mientras tanto, Juana.

—Deberíais retiraros a descansar, alteza —dijo el arzobispo. En la estancia, hacía más de una hora que nadie pronunciaba una sola palabra. El ambiente se había ido cargando más y más, pues los reyes siempre mueren a puerta cerrada.

Juana, la única persona que, en el cuarto, permanecía sentada, levantó la cabeza hacia Cisneros. Posaba ambas manos en el vientre, donde dormía la sexta de las criaturas que alumbraría.

—Aún no —repuso con voz tranquila.

\* \* \*

Entre unos y otros, consiguieron que Juana diera su brazo a torcer y, acompañada de cuatro de sus damas de compañía, se retirara a sus habitaciones privadas. A Juana, se dijo Cisneros, convenía manejarla con mucha delicadeza ahora que se estrenaba como viuda. No se merecía la mala vida que le había dado el difunto, esa era la verdad. Fuera como fuese, y aunque a Cisneros le diera pena la muchacha, su cometido se limitaría a protegerla y a proteger, sobre todo, lo que ella encarnaba: la corona de Castilla y el orden que la misma proporcionaba al reino.

Con Juana retirada, Cisneros se trasladó a su despacho y comenzó a disponerlo todo. Todo, que, en este caso, no era poco. El futuro del reino se hallaba en juego, ni más ni menos. En primer lugar, mandó llamar al capitán Vianello. «Ha llegado el momento», decía sucintamente la nota que le envió. Lo demás, se desprendía, y Vianello conocía qué debía hacer. Aquella misma noche, los quinientos infantes que solo respondían ante el arzobispo Cisneros se dirigieron a la casa del Cordón y la rodearon. Unos cuantos lansquenets alemanes que dormían la mona en las inmediaciones se despertaron y los miraron con cara de pocos amigos. Los infantes castellanos se llevaron un dedo índice a los labios y les ordenaron que callaran. «Vosotros ya no mandáis aquí, hijos de puta, y más os vale mantener el pico cerrado si queréis conservar la vida». Quisieron.

Jerónimo Vianello pertenecía al tipo de hombre en el que se puede confiar a muerte mientras el flujo de dinero no se interrumpa hacia su bolsillo. Cisneros, que por su parte pertenecía al tipo de hombre que sabe que esto es así siempre o casi siempre, pagaba generosamente al veneciano. El arzobispo, aunque de cuna humilde, se había enriquecido, casi sin querer, durante las décadas anteriores. Después, tomó el hábito franciscano, hizo voto de pobreza y decidió que gastaría sus dineros en extender su sentido del universo: un orden debe ser siempre preservado. Y en esas estaba, preservándolo. El orden se llamaba Juana.

Cuando Vianello accedió al interior de la casa del Cordón, Cisneros le llamó a su despacho y le dio una única instrucción: «Quiero que tomes el control del palacio». Vianello asintió, aunque comprendió que no resultaría una tarea sencilla. Dentro de la casa había caballeros y soldados alemanes hasta debajo de las alfombras. Le costaría llevar adelante el encargo, máxime cuando, mientras lo hacía, se debía mantener a salvo a la reina Juana.

—Tenéis de plazo hasta el mediodía, capitán —dijo Cisneros.

—Como ordenéis, excelencia reverendísima —expresó Vianello.

El veneciano regresó al exterior del palacio y se reunió con sus hombres. Pronto amanecería, lo cual significaba que contaban con aproximadamente seis horas para cumplir la orden de Cisneros. Se aprestaron a ello.

Mientras tanto, Cisneros firmó una carta dirigida al prior de la cercana cartuja de Santa María de Miraflores. En ella requería que uno de los monjes del monasterio se presentara en la casa del Cordón en cuanto amaneciera y los caminos fueran seguros. Al arzobispo, le caían bien los cartujos. Los juzgaba algo excesivos, pero, para un franciscano observante como él, un cartujo contemplativo no suponía lo peor del mundo. Con los de Burgos tenía buenos tratos y había visitado la cartuja en dos ocasiones desde que la corte se estableciera en la ciudad. En algunos momentos, hasta los envidiaba. En fin, llegarían tiempos mejores para todos.

El monje cartujo al que Cisneros había emplazado se llamaba Beltrán de Ayllón y, desde que vistiera la cogulla blanca hacía dieciséis años, Cisneros no había sabido nada de él. En sus visitas al monasterio, ambos hombres no se cruzaron, algo nada inverosímil en

un lugar de aquellas características. Sin embargo, Cisneros, quien hacía de la tenencia de información un arte, sabía que, sin la menor duda, Ayllón rezaba entre aquellos cuatro muros. Y sabía, también, que Ayllón, mucho tiempo atrás y antes de ingresar en la orden cartuja, había desentrañado un oscuro crimen en Salamanca. Un bachiller mató a varias mujeres, las descuartizó y arrojó sus restos al Tormes. Ayllón era entonces poco más que un joven sin oficio ni beneficio, pero, apenas inquiriendo y permaneciendo muy atento a lo que aquí y allá se decía, descubrió al autor del asesinato múltiple y lo puso en conocimiento de la autoridad. Años más tarde, Cisneros supo que Ayllón había ingresado como novicio en la cartuja de Burgos. Como sucedía con varias decenas más de personas y personajes que el arzobispo consideraba dignas de atención, mandó que le informaran de cualquier cambio en la existencia de Ayllón. No hubo ninguno, más allá de que, una vez finalizado el noviciado, tomó el hábito. Y allá continuaba, en Miraflores.

Ahora, lo requería. Necesitaba que averiguara quién había matado al rey Felipe.

\* \* \*

De inmediato, Vianello comenzó a introducir infantes en la casa del Cordón. Lo hizo a través de una ventana de la fachada posterior. Alguno de ellos, mientras saltaban al interior, dijo que parecían ladrones colándose en el palacio de un grande. El capitán Vianello repuso que exactamente eso eran ellos: los tipos que le iban a robar el trono a los flamencos. Rieron por lo bajo y continuaron accediendo al edificio. Allí, nadie sentía ni la menor simpatía por los flamencos. Esa gentuza sí que estaba robando en Castilla, y no de modo figurado o hiperbólico: desde que llegaron, no habían hecho otra cosa que arrebatarse y despojar hasta de lo más esencial a las buenas gentes del país. Comida, incluso, los muy miserables robaban comida allá por donde pasaban. Algo así no se había visto jamás. Porque de los reyes y las cortes que los acompañaban podría hablarse largamente, y hasta sin pelos en la lengua, pero nadie afirmaría que no pagaban por lo que se echaban a las tripas. Con la llegada de los flamencos, hasta algo tan simple como esto cambió.



En el palacio, entraron un total de setenta soldados. El resto de la dotación del capitán Vianello, hasta completar el medio millar, se mantuvo en el exterior, bien apostado en la penumbra de la primera alba. La orden que el capitán les había dado era que regresaran a la puerta principal y aguardaran las instrucciones que, desde el interior, les llegarían. Asintieron. Cada hombre portaba una escopeta cargada. En total, cuatrocientos treinta disparos. Podrían haber abatido a gran parte de la tropa flamenca. Muerto el perro, se acabó la rabia.

Sin embargo, los deseos de Cisneros no pasaban por ahí. Al arzobispo, entiéndase, no le disgustaba la posibilidad quirúrgica: si una pierna se gangrena, uno suspira y acepta que la amputen. Con todo, entre tropa y caballeros, los flamencos sumaban sus casi tres mil hombres. Muchos de ellos, con Felipe, su señor, muerto, con muy poco que perder. Llegaba, pues, la hora de la diplomacia, entendida esta como el modo de enviarlos de regreso a casa más por la fuerza que atendiendo a razones, aunque evitando los escándalos y las escaramuzas. Una operación limpia, solicitaba Cisneros.

En el interior de la casa del Cordón, los hombres de Vianello, con este a la cabeza, comenzaron a avanzar y desplegarse por los pasillos del palacio. Se movían con pausa, sin perderse de vista los unos a los otros, armados hasta los dientes. Cada soldado manejaba una escopeta nuevecita. Días atrás, les hicieron unos cuantos disparos en un bosque cercano, más que nada porque los infantes juraban que daba mal fario salir a combatir con un arma virgen entre las manos. Las estrenaron, pues, y no hubo hombre que no quedara asombrado de la fineza con la que las balas partían ramas y hasta piedras. Sonrieron. Ojalá el Señor les pusiera unos cuantos flamencos en el punto de mira.

En los pasillos del palacio, se toparon con lansquenetes haciendo guardia ante varias puertas. Se encontraban amodorrados, dormidos algunos de ellos. Los infantes sabían cómo dormir de pie, y hasta a la pata coja, de modo que no les pilló por sorpresa la actitud de los lansquenetes. En fin, a lo que estaban.

—Eh, hijoputa —dijo Vianello tocando en el hombro a uno de ellos.

El lansquenete abrió los ojos, farfulló algo en alemán o en a saber qué y trató de irse a por el capitán. Una docena de cañones lo

apuntó de inmediato. Los infantes castellanos tenían los dedos en los disparadores y bastaba con que Vianello diera la orden. Lo que luego vendría, lo desconocían, pero a este cabrón le volaban, literalmente, la cabeza.

No hubo suerte y el lansquenete se rindió. Bajó los brazos, los situó junto al cuerpo y, en aquel pasillo apenas iluminado por la tenue luz que comenzaba a colarse a través de las ventanas de la edificación, mostró dos hileras de dientes perfectos a los españoles.

—¿Le podemos partir la piñata, capitán? —preguntó el infante que más cerca se hallaba del lansquenete.

—No, dejadlo en paz —respondió Vianello—. Venga, continuemos.

Allí había tropa alemana y flamenca por todas partes. Sin duda, a estas alturas, sabían que Felipe había pasado a mejor vida y que, desde el momento exacto en el que lo hizo, la situación de su séquito en Castilla se había vuelto, cuanto menos, delicada. Quien más quien menos daba por sentado que los retornarían más pronto que tarde. Su aventurilla en el sur había terminado y el poder regresaba a la histórica de Juana, esposa hasta hacía unas horas de su señor y flamante viuda del mismo en adelante. En Castilla hacía un calor insoportable y olía a ajo, así que, y sin alegrarse del motivo que los devolvía a Flandes, hasta les satisfacían las nuevas circunstancias. Depusieron las armas sin decir esta boca es mía y los hombres de Vianello fueron tomando, poco a poco, el control de la casa del Cordón.

\* \* \*

Beltrán de Ayllón llegó al palacio apenas media hora después de que amaneciera. Tenía treinta y siete años, aunque aparentaba alguno más, y, para la ocasión, se había vestido una cogulla nueva. El prior se lo indicó: «Qué van a pensar de nosotros si, para una vez que se nos requiere, nos presentamos con el hábito hecho trizas». Ayllón alegó que precisamente el hábito hace al monje y que el voto de pobreza constituía, entre los cartujos, su principal señal de identidad. El prior arguyó que desde luego que sí, pero que, no obstante, hiciera, Ayllón, el favor de presentarse en la casa del Cordón con una cogulla sin remiendos.

El cartujo se encontró con un palacio tomado por los soldados. La actividad, febril ya a aquellas horas de la mañana, lo sorprendió un tanto. Él llevaba dieciséis años sin salir de Miraflores, pero, lo comprobó de inmediato, el mundo no se le había olvidado. Reconocía los movimientos de las gentes, leía en sus actitudes, en el modo que tenían de dirigirse las unas a las otras, de acercarse para después alejarse. Allá, en el palacio, algo grave se hallaba sucediendo.

Informó de su llegada a un soldado que custodiaba la puerta, el cual inquirió a otro, y este a otro más. Ayllón se sorprendió ante la eficacia de los hombres. Hasta donde él sabía, la tropa estaba formada por desgraciados palurdos que recordaban su nombre y a Dios gracias.

—Adelante —indicó, tras una breve espera, el soldado.

La puerta se abrió y Ayllón sintió cómo una ráfaga de aire viciado y denso se le echaba encima. Llevaba, como era costumbre entre los cartujos, el pelo rapado al cero y las manos recogidas en las mangas de la cogulla.

—Mostrádmelas, padre —dijo un soldado que se hallaba en el pequeño rellano de acceso al palacio.

—¿Cómo? —preguntó, confuso, el monje.

—Las manos —se explicó el soldado—. Que me las mostréis, si sois tan amable.

Ayllón hizo lo que se le pedía y el soldado lo miró de la cabeza a los pies. Por un momento, el monje creyó que le iba a pedir que se remangara el hábito para mirar debajo. Por suerte, el soldado no lo hizo y lo dejó pasar.

—Vengo a ver al arzobispo —informó, un tanto confuso.

—Lo sé —repuso el soldado. Y, acto seguido, recogió el labio inferior dentro de la boca para dar un breve silbido. Un compañero arqueó las cejas y el soldado se dirigió a él—: Acompaña al padre.

Monje y soldado caminaron durante unos minutos por los estrechos pasillos del palacio hasta llegar a una puerta custodiada por cuatro infantes armados. El soldado que guiaba a Ayllón ni siquiera tuvo que decir nada: cuando el monje se detuvo junto a la puerta, uno de los infantes la abrió sin llamar antes. Con la mirada, le indicó a Ayllón que podía entrar.

La estancia era amplia y se encontraba bien iluminada. Ayllón descubrió marcas en el entarimado del suelo y supo que no hacía de-

masiado tiempo que alguien había desplazado el mobiliario original de la habitación. Quizás aquel lugar hubiera sido, en otro momento, un dormitorio más del palacio. Ahora, los muebles quedaban reducidos a una mesa y unas cuantas sillas.

—Reverendo padre... —comenzó a decir Cisneros mientras se ponía en pie—. Por favor, tened la bondad de sentaros. Qué bien que hayáis podido venir tan pronto...

Ayllón experimentó cierta perturbación ante la cortesía desplegada por el arzobispo. Los cartujos no solo no tenían contacto regular con nadie ajeno al monasterio, sino que, dentro de él, se evitaban entre ellos mismos para que nada los distrajera de su misión esencial: rezar por las almas de todos los hombres y encontrar a Dios en la soledad más absoluta. Tan era así que, en un primer instante, Ayllón se había negado a acudir a la llamada de Cisneros. Los cartujos no tenían nada que ver con el mundo que existía más allá de los muros del monasterio. Cuando el prior le explicó que no desoirían la reclamación de todo un arzobispo confesor de reinas, Ayllón inclinó la cabeza y asumió que debía obediencia. De acuerdo, iría y accedería a escuchar qué se requería de un humilde monje cartujo.

—Excelencia reverendísima —dijo Ayllón.

—Por favor, por favor, dejémonos de formalidades, ¿os parece?

Ayllón asintió con la cabeza. Los cartujos no pronunciaban una palabra si podían evitarlo. Dios está en los silencios, en las duermelas, en cualquier intersticio del tiempo. Solo a través de una oración repetida mil veces se accedía hasta Él.

Cisneros aguardó a que Ayllón tomara asiento al otro lado de la mesa y, cuando lo hizo, lo imitó. Una luz casi horizontal penetraba por la ventana que se hallaba a las espaldas del arzobispo. Ayllón observó cómo lo iluminaba desde atrás, confiriéndole cierta envoltura santa. Durante un rato, ambos hombres se mantuvieron en silencio. Ayllón volvía a esconder sus manos dentro de las mangas del hábito.

—Os preguntaréis por qué os he mandado llamar —explicó, por fin, Cisneros.

Esta vez, Ayllón ni tan siquiera asintió.

\* \* \*

Jerónimo Vianello había cumplido con la orden que le había dado el arzobispo y se había hecho con el control de la casa del Cordón. La casi totalidad de los lansquenetes se encontraba fuera de los muros del palacio y en el interior apenas podían contarse diez o quince oficiales que se encargaban de los asuntos de Felipe. Vianello no se atrevió a echarlos también, aunque apeló a su honor de caballeros para que, en adelante, todo transcurriese con calma y sosiego. Los oficiales flamencos repusieron que debían ocuparse del cuerpo de Felipe. Vianello les explicó que el difunto podía ser todo lo archiduque de Austria que los caballeros quisieran, pero, en lo que a los castellanos respectaba, se trataba del rey de Castilla y, en consecuencia, a los castellanos pertenecía su cadáver. Mientras el arzobispo Cisneros no dispusiera qué hacer, al cuerpo de Felipe no se le tocaba ni un pelo.

Los flamencos, conscientes de que no se encontraban en posición de exigir demasiado, accedieron a lo que se les pedía siempre y cuando se les permitiera velar a Felipe. Al parecer, sospechaban que pretendían robarles el cadáver.

Y razón no les faltaba, pues al Felipe muerto se lo comenzaba a querer más de lo que se quiso al Felipe vivo. Al menos, no podía hablar, lo cual ya se trataba de una gran ventaja a la hora de tomarle cariño. Qué buen cadáver hacía... Lo estiraron sobre la cama y Juana le cruzó las manos sobre el vientre. Algunos se preguntaron si sería lo adecuado, pero tampoco iban a llevarle la contraria a la reina propietaria del trono de Castilla y heredera de los de Aragón, Nápoles y Sicilia. Al otro lado del océano, un puñado de hombres indestructibles conquistaba territorios inmensos para ella y lo hacía a una velocidad de vértigo. Esa era Juana. La primera reina de España. Como para explicarle que no le estaba colocando bien las manos a su marido muerto.

Fue Vianello en persona quien se ocupó de zanjar las primeras resoluciones en torno al cadáver de Felipe. Habían logrado que Juana se retirara a sus habitaciones y se suponía que allá la tenían descansando. Mientras tanto, Cisneros había ordenado que al cadáver no lo perdieran de vista. Hubo gestos de extrañeza, como si la sola posibilidad de que alguien robara el cuerpo del muerto no cupiera en cabeza alguna. Después, comprendieron que los flamencos eran capaces de eso y de más. Si les dejaban, bien podían sacar el cuerpo por una

ventana y, tal cual, abrirse paso hacia el norte, atravesar Francia entera y llegar a la Borgoña desde el sur. «Vianello, que no nos roben el cadáver del rey», repitió, ya en tono apremiante, Cisneros. Y Vianello repuso que no tenía que pronunciar ni una sola palabra más, que él se encargaba.

En ello estaba a eso de las diez de la mañana, con el sol ya calentando las fachadas de la casa del Cordón. El veneciano estuvo obligado a admitir que el instinto de Cisneros no podía ser más fino: desde tan temprana hora, los oficiales flamencos que rondaban por allí trataron de tomar decisiones acerca del cuerpo de Felipe. No grandes decisiones, nada, en cualquier caso, que pusiera en peligro el cadáver, pero sí pequeñas medidas destinadas a establecer los lindes del nuevo e inusitado campo de batalla: un rey asesinado.

De esta forma, trataron de que a Felipe se le cambiara de ropa. Adujeron que no les parecía digno el camisón con el que el rey había pasado a mejor vida y que, por lo tanto, convenía ir mudándolo por ropajes más regios. Era el archiduque de Austria y los más ricos y espléndidos tejidos de Flandes lo cubrirían en su viaje final. Vianello escuchó respetuosamente lo que se le tenía que decir y, cuando los flamencos hubieron acabado, les explicó que sobre las ropas del muerto solo decidía la reina Juana. En consecuencia, más les valía a los flamencos abstenerse de cortarles una sola uña a Felipe, no fueran los infantes de Vianello a desenvainar y liarla parda. Todo esto, dicho con la mayor de las cortesías, por supuesto. Los flamencos, que serían muchas cosas pero no tontos, comprendieron que no les quedaba otra que acatar, y acataron. Eso sí, preguntaron que cuándo se sabría qué pensaban hacer los castellanos con el cadáver y Vianello, de nuevo cortés hasta el desvarío, repuso que no tenía ni la más remota idea, pero que, en cuanto supiera algo, correría a informarles.

En las calles de la ciudad de Burgos, nada marchaba como se esperaba. No existía consternación de ningún tipo, no ya entre los burgaleses, a los que Felipe les importaba un comino, sino entre los propios lansquenetes alemanes, quienes veían que, de la forma más inesperada, se quedaban sin argumentos para arramblar y saquear como lo habían venido haciendo hasta entonces. Quizás a la desesperada, algunos continuaron yéndose sin pagar de las fondas, aunque ahora los castellanos, armados de razones, les hacían frente. Se die-

ron altercados que llegaron a ser graves, y solo en las primeras horas de la mañana pudieron contarse tres naturales muertos y un par de decenas de heridos. Vianello tuvo noticia de ello y anotó mentalmente que cualquier desplazamiento de la reina Juana debería realizarse con la totalidad de sus efectivos protegiéndola.

\* \* \*

La conversación entre el arzobispo Cisneros y Beltrán de Ayllón parecía atascada. Dos no hablan si uno no quiere. Y el cartujo no separaba los labios. No obstante, Cisneros, que era observante, conocía bien estos, por llamarlos de alguna manera, ardides. Ayllón no hablaba pues consideraba que las palabras revestían peligros. Peligros que a un cartujo asustaban, por mucho que Ayllón no lo dejara translucir.

—Como seguro que sabéis —comenzó, tras una pausa, a expresar Cisneros—, esta noche ha fallecido nuestro rey. O, permitidme que me ande sin rodeos, lo han asesinado.

Ayllón levantó ligerísimamente el mentón. Fue un gesto reflejo y minúsculo que el monje corrigió de inmediato. El interés suponía soberbia y, por lo tanto, pecado.

—No os oculto que nos encontramos en unas circunstancias insospechadas —continuó el arzobispo—. Con el rey muerto, el desgobierno se cierne sobre Castilla, algo que, sin duda, no podemos permitir. La reina Juana continúa, claro está, siendo la propietaria de la corona, pero ni ella está dispuesta a gobernar ni nosotros permitiremos que algo así suceda. No, no lo permitiremos...

El cartujo observó los objetos desperdigados sobre la mesa de Cisneros. Plumas, tinteros, infinidad de legajos a medio anotar, libros, cuadernos, carpetas... Aquel hombre, desde luego, era el más atareado del reino.

—¿Por qué me habéis llamado, monseñor? —preguntó, entonces, Ayllón. En no pocas ocasiones, el tono que utilizaban los cartujos tendía a tomarse por desconsiderado, cuando, en realidad, simplemente se limitaba a economizar yendo al meollo de la cuestión. Ayllón deseaba saber algo y lo preguntaba sin rodeos, por mucho que a algunos aquello les pareciera el colmo de la ordinariez.

—Porque necesito que averigüéis algo para mí —respondió Cisneros, encantado de poder conversar sin tapujos.

—Yo solo soy un pobre monje que...

—Sabéis que soy franciscano, ¿verdad?

—¿Monseñor?

—Digo que soy franciscano y que, por lo tanto, conmigo no sirve de nada lo que estáis intentando. Íbamos bien, padre.

Ayllón esbozó una ligerísima sonrisa. Con la comisura de los labios, apenas perceptible. Comoquiera que fuese, Cisneros la reconoció y correspondió.

—Bien... Sé que, cuando erais un muchacho en Salamanca, descubristeis al autor de un horrible crimen.

—¿Cómo..., cómo sabéis que...?

—Yo sé muchas cosas, padre. La mayor parte de mi trabajo consiste en saber cosas de los demás. Tan sencillo como eso. Y lo cierto es que de vos conozco vuestra habilidad para descubrir y aflojar la parte oscura del alma. Esa que termina por condenarnos al infierno... Supongo que siempre es más negra de lo que creíamos, ¿verdad?

Ayllón asintió. Si no estuviera ante todo un arzobispo, habría respondido que a la lucha contra la negrura del alma encomendaba él su humilde existencia. A través de la oración, de los rezos profundos y melodiosos, los cartujos combatían al demonio y sus estrategias.

—He aquí una petición que os hago en nombre de las más altas instancias del reino. Resulta apremiante que descubráis quién ha asesinado al rey Felipe.

—Es imposible que yo pueda...

—De verdad que confío plenamente en vos, padre. Necesito que encontréis al asesino.

—Pero yo soy un pobre monje que no ha salido en dieciséis años de su monasterio y...

—Os ruego que hagáis un esfuerzo para cumplir con vuestro cometido. Contaréis con libertad plena para ir adonde queráis e inquirir como juzguéis. Nadie os estará vedado, padre. Ni siquiera la reina Juana.

—¿La reina? ¿Cómo va un monje cartujo a dirigirse a la reina...?



—No digo que debáis hacerlo. Digo que, si es preciso, podréis hacerlo. Mi encomienda va acompañada de capacidades y, entre ellas, se encuentra la de hablar con quien deseéis.

Ayllón puso una mano sobre la mesa de Cisneros. Aquella petición le había llegado por sorpresa.

—¿Os dais cuenta de lo que me estáis proponiendo?

—No sabéis con qué certeza.

—¿Y si no averiguo nada?

—Contaréis con mi eterno agradecimiento.

—¿Y si descubro quién mató al rey?

—Me lo contáis a mí y solo a mí.

—Porque, ¿estáis seguro de que al rey lo han asesinado?

—Tan seguro como que vos y yo estamos hablando en este momento.

—De acuerdo, intentaré serviros como mejor sepa...

—No aceptaría otra respuesta, padre.

—¿De cuánto tiempo dispongo?

—Del que sea necesario.

—Pero entended que un asunto como este puede demorarse bastante...

—Averiguad quién mató al rey.

Beltrán de Ayllón no añadió nada. Enmudeció, cabría decir, pues así procedían los cartujos ante la incertidumbre. ¿Cómo el Señor podía haberle enviado una prueba semejante? Se pasó la mano por la frente y el rostro, observó al arzobispo y, por fin, asintió. De acuerdo, haría lo que se le solicitaba. O, al menos, lo intentaría. ¡Encontrar a un asesino! El hombre que, tiempo atrás, descubriera a un criminal en Salamanca, había desaparecido. Ya no tenía los sentidos afilados, pues la contemplación suponía lo contrario: enromar el entendimiento para que solo así la auténtica y verdadera percepción de Dios pudiera advenir.

Cisneros le ofreció dos o tres indicaciones de orden práctico. Debía regresar al monasterio y comunicar al prior el contenido de la conversación que acababan de mantener. A continuación, Ayllón regresaría a la casa del Cordón. En adelante, formaría parte de la corte de la reina Juana, junto a Cisneros, el almirante de Castilla, el duque de Alba y varios caballeros más. Las investigaciones comenzarían de

inmediato y, si Ayllón precisaba de algo, podía solicitarlo directamente al capitán Vianello. Él sabría cómo conducirse.

En ningún caso, y bajo ninguna circunstancia, Ayllón debía facilitar información alguna a nadie. Las investigaciones serían secretas y solo al arzobispo Cisneros atañerían sus evoluciones. Por supuesto, Cisneros esperaba un nombre: el de la persona que había asesinado a Felipe. Lo demás, Ayllón podía pasarlo por alto. Se toparía, esto bien lo sabía Cisneros, con acontecimientos poco virtuosos en algunos casos, auténticamente sórdidos en otros. Se trataba del mundo al que los cartujos intentaban salvar a través de sus oraciones. Ayllón debería comprenderlo y guardarlo en su silencio interior. Si actuaban como confesores, lo serían el uno del otro. «No lo descartéis, padre», le advirtió Cisneros, quien añadió que el ámbito que Ayllón estaba a punto de conocer se sumergía en el pecado perpetuo, en la inmisericordia, en la deslealtad manifiesta, en el desdén hacia la palabra más franca del Señor. No habría amor, ni benevolencia, ni compasión. Y comprenderlo, de algún modo, suponía, también, pecar.

Los caminos del Señor resultaban inescrutables.